

Ciudadanismo

CIUDADANOS, OTRA MANERA DE HACER POLÍTICA

Aunque los partidos políticos tienen una militancia como nunca, están en crisis galopante. Al fin y al cabo, no sobrepasa en mucho los dos millones la suma de militantes de todos los partidos políticos de España. Eso es realmente poco. Pero no va por ahí la crisis, sino por la distancia cada vez mayor que están poniendo entre las cúpulas y las bases por una parte, y los votantes por otra. Los partidos se sirven de los votos que reciben con una desvergüenza que va en aumento, hacia el más difícil todavía.

Veamos: ¿Anunció Zapatero a sus bases y a sus votantes que seguiría las políticas que ha emprendido en cuanto a vaciado de la Constitución mediante los Estatutos de autonomía, empezando por el de Cataluña? ¿Les anunció su proceso de paz con la Eta, que ya llevaba entre manos antes de la campaña electoral? ¿Y anunció el PP a sus bases y a sus votantes la condescendencia hacia los nacionalismos con que iba a manejar los Estatutos de autonomía, hasta culminar en la "realidad nacional" de Andalucía? Pues no, esas cosas no figuraban en el contrato entre el partido político y sus votantes.

Las cúpulas de los partidos se manejan como sátrapas y mandarines. Ellos son los amos del partido y deciden en cada momento lo que más les conviene, sin contar para nada con los militantes y con los votantes. Puro fraude. No tienen en cuenta que son meros gestores de un mandato de los votantes,

y que han de cumplir con la máxima fidelidad la letra y el espíritu del programa-contrato con que se presentaron a las elecciones. Eso para los partidos son músicas celestiales.

Acostumbrados a que los suyos les voten hagan lo que hagan, han llegado a creerse que los suyos seguirán votándoles siempre. Pero aparte de exhibir una cara durísima que humilla e irrita a los votantes, echan muy mal las cuentas: la mayor parte de los votos que reciben unos y otros no son a favor de ellos y de su programa, que ya saben que no lo cumplen, sino contra el partido rival. Esa es una renta que se puede agotar de golpe, pegándose un trastazo tremendo. Los unos y los otros.

La aparición de CIUDADANOS en el panorama político nos ilustra la situación con absoluta claridad: ha bastado que se presentasen a una convocatoria electoral sin recursos, sin experiencia, sin organización de partido siquiera, sin presencia en los medios, para que el electorado les regalara así por las buenas, como primer anticipo, un 5% de los votos.

¿Y de dónde les ha venido ese espléndido regalo? Pues de los que estaban tan hartos de votar a los suyos, tanto en la derecha como en la izquierda, que ya no tenían más alternativa que la abstención. O una vez más someterse a la humillación de que el partido al que votaban, utilizase sus votos para ir de frente y sin mira-

mientos contra los votantes. Se llevó ese 5% de votos del electorado un partido que a juzgar por los medios de comunicación de Cataluña, era clandestino, marginal, ajeno al sistema, algo así como el partido taurino. ¿A cuánto hubiese ascendido ese 5% si por algún sistema CIUDADANOS hubiese tenido en los medios la misma presencia que los partidos del sistema? Esa es una incógnita que se despejará en parte en las próximas elecciones municipales. Digo en parte, porque el hecho de que sobre todo en las poblaciones pequeñas el elector conozca directamente al candidato, deja poco margen a la política.

Pero volvamos al fenómeno "Ciudadanos": ¿qué respuesta merecen unos partidos políticos que han desvalijado a los ciudadanos convirtiendo en papel mojado la Constitución, que es su contrato con el sistema? ¿Qué merecen unos políticos que no han sabido defender la Constitución patrimonio de todos los ciudadanos? En 30 años que cumplirá el año próximo, se han dedicado los de un bando y los de otro a dejársela desnaturalizar por los que la agusanaron desde su misma creación. 25 años ha durado el proceso de falseamiento de la Constitución por TODOS los políticos, en aras de alcanzar primero y conservar luego el poder. Y los tres últimos años han sido ya la demolición a porfía. Sí, todos, los del PSOE y los del PP. Unos con bulldozers y otros con la piqueta; pero todos en la misma faena. ¿Y el balance? El poder a

costa de la Nación y de la Constitución.

Y los señores políticos, ¡qué lástima!, no cayeron en la cuenta entonces, ni se han dado por enterados ahora de que la Constitución es nuestra, intocable por tanto si no nos ponemos todos de acuerdo para cambiarla. No se han enterado de que las demás leyes las podían tocar y retocar a su antojo, mientras no se saliesen de la Constitución. No se han enterado de que nos han dejado sin Constitución, porque como es previsible, el Tribunal Constitucional proclamará la inconstitucionalidad de la Constitución por no estar acorde con el Estatuto de Cataluña y los que le han seguido. Pues eso, que nos hemos quedado sin Constitución. Así, como suena. Entre todos la mataron y ella sola se murió.

Y si los partidos políticos instalados se creen que esto no va con ellos, que se desengañen: a las próximas elecciones generales les remito. Esas elecciones serán muy distintas de las que ha habido hasta ahora. No estoy en condiciones de pronosticar aún cuál va a ser la diferencia, pero se huele en el ambiente que algo está cambiando desde muy hondo. Y el espectacular factor de cambio es la sociedad civil.

No se vayan a pensar que sólo los votantes de la derecha están dolidos de que los políticos les hayan desbaratado la Constitución ellos solitos, sin contar con el

DEONTOLOGÍA

electorado. No se lo crean; en la izquierda el cabreo es por lo menos tan descomunal como en la derecha, pero sin ningún complejo. Por la Constitución y por la Nación se están uniendo, ¡y con qué fuerza!, derechas e izquierdas. Es que ante tamaño asalto es una bagatela andar con distinciones entre derechas e izquierdas. ¡Que se nos viene abajo la seguridad jurídica! ¡Que dejemos de ser una Nación y un Estado! ¡Que nos vamos a la... nada!

¿De qué nos ha servido a los unos y a los otros haber confiado en el Estado de Derecho? ¡Ingenuos de nosotros! Los partidos políticos nos han saqueado y los jueces de las más altas magistraturas se han sumado jubilosos al expolio: nos han hecho pasar del imperio de la ley, al imperio personalizado de los jueces. ¡No pretenderán que se eternicen nuestro silencio y nuestra resignación! Sí lo pretenden, claro que sí; pero se les ve nerviosos, porque perciben que algo que ellos no dominan está dando el vuelco a la situación. Y ese algo tiene nombre: es LA CIUDADANÍA. ¿La ciudadana qué? ¡¡¡LA CIUDADANÍA!!!, la gente de la calle, las víctimas de todo ese tejemaneje. ¿He dicho víctimas? ¡Vade retro!

Sí, sí, no es ninguna broma eso de la sociedad civil. Es una fuerza que está creciendo exponencialmente fuera del manejo de los partidos. Una fuerza que tiene una vital misión que cumplir antes de arrojarse de nuevo en manos de los actuales partidos políticos (cosa bastante improbable) o de liderar una nueva generación de partidos políticos. Ahí tenemos, en plena fragua, la avanzada de los nuevos partidos democráticos de verdad, CIUDADANOS, que nace justamente de ese movimiento de rebelión del electorado contra tanto abuso y tanta desfachatez totalitaria de los políticos.

Este nuevo partido, si no defrauda la apremiante demanda de regeneración política que está en la calle, cosechará muchos votos. Pero en cuanto atisbe el electorado que es uno más y a lo mismo, lo dejará tirado como un clínex usado. CIUDADANOS no es un fenómeno político propiamente dicho, sino la adopción de formato político de una parte de ese movimiento cívico que viene de lustros, pero que hoy se ha hecho gigantesco. CIUDADANOS se alimenta de su origen cívico y de la inmensa plataforma cívica que avanza imparables desencantada de los políticos.

Por eso es sintomático y alentador que “*Ciutadans de Catalunya*”, la plataforma que le dio origen, se haya mantenido en pie y con fuerza y esté dispuesta a seguir presentando batalla. Es que no es lo mismo una plataforma ciudadana que un partido político (qué simple, ¿no?). Por eso la ciudadanía escarmentada no puede disolverse como tal echándose en brazos de un partido político, por muy suyo que sea. Porque la estafa a la ciudadanía de los partidos políticos y de las instituciones controladas por ellos ha sido descomunal, de las que le dan el vuelco a la historia.

Por eso es tan, tan, tan importante que la filosofía y la praxis de CIUDADANOS responda desde el primer momento y desde sus propias entrañas a la función que les asigna la democracia: hacer de correa de transmisión de la voluntad de los ciudadanos a las instituciones. ¿Es eso mucho pedir? Pues la corrupción es tan generalizada, tan profunda y tan interiorizada que efectivamente sí, que es mucho pedir. Pero como dice el adagio anarquista, “*Seamos realistas: pidamos lo imposible*”. ■

Mariano Arnal

Δει (*déi*), conviene. Éste es el argumento supremo que ha de orientar cualquier conducta. Y es bueno que así sea, porque de esta forma cada uno es el intérprete de las normas de conducta. Ése es el fundamento de la **deontología** tal como hoy la entendemos. Un poco al estilo del imperativo categórico de Kant: Si crees que tu conducta puede ser elevada a norma general de comportamiento, considera que estás haciendo lo que conviene. Pero no lo que te conviene a ti porque lo haces tú, sino lo que seguirá convininiéndote cuando lo hagan los demás. Lo que equivale a decir que lo que conviene, es aquello que es obligado hacer. No por casualidad el mismo verbo δέω (*déō*) conjugado de manera distinta, significa “atar”, es decir que entra en el terreno de la obligación, pero no impuesta desde fuera, sino asumida por uno mismo.

La palabra **deontología** la puso en circulación el inglés Bentham (1748-1832) en su obra *Science de la Morale* (París 1832). Pretendía ser una alternativa más liberal del término y del concepto **ética** (de εθος / *ézos* = costumbre), que al ocupar en calidad de concepto laico el lugar del término religioso **moral** (del latín *mores* = costumbres) se había moralizado considerablemente, al trasvasarse a ella buena parte de los antiguos contenidos de la moral. Quería llegar a la fórmula kantiana, o dicho en términos históricos, quería llegar al “libre examen” de los preceptos éticos saltándose la carga interpretativa de la moral y de la ética. En su obra póstuma “**Deontología o ciencia de la moral**” busca el racionalismo (prácticamente un mecanicismo matemático) para valorar las conductas por su utilidad, lo que nos da un valor de la **deontología** casi en las antípodas del que actualmente tiene. Pero como la humanidad, desde que se desprendió del instinto como desencadenante exclusivo de conductas, necesita inexorablemente algún tipo de moral para regir sus **com-portamientos** (es decir sus conductas en relación con los demás), también ha **moralizado** esta última palabra que inventó su autor para que fuera lo más amoral posible. Por consiguiente, cuando alguien clama por la **deontología**, clama por la moralidad. Esta es una muestra más de que la realidad no se transforma por el simple procedimiento de cambiarle el nombre. Nos hemos quedado con la palabra inventada por Bentham, igual que nos quedamos antes con la palabra “ética”, con lo que tenemos un nuevo sinónimo de “moral”.

Por supuesto que este término es aplicable a cualquier profesión o actividad en que la falta de adecuación de los medios a los fines, despojaría a ésta de su valor. Pero ha sido especialmente la clase médica la que ha asumido y estabilizado el concepto de **deontología**, de manera que raramente se nombra o se escribe esta palabra sin ir acompañada del adjetivo **médica**, que se define (y no podía ser de otra manera) como “ciencia de los deberes” o “teoría de las normas morales”, aplicadas en este caso al ejercicio de la medicina. Porque la clase médica tiene un alto sentido **deontológico**, además de un gran amor a las palabras exclusivas. ■

de elalmanaque.com